



Fortín Mapocho reproduce, con la autorización del diario *La Jornada*, de Ciudad de México, el siguiente artículo del novelista y ensayista azteca, candidato al Premio Nobel de Literatura, Carlos Fuentes.

El artículo fue publicado en la capital azteca el 4 de septiembre pasado, el mismo día en que miles de chilenos llevaron a Salvador Allende en multitudinario homenaje hasta su tumba definitiva.

Carlos Fuentes

Salvador Allende

Este día lo esperamos 5 mil 600 días. Y aunque los pasados diecisiete años hubiesen durado cien, siempre supimos que este día habría de llegar.

Es el día del pueblo chileno, porque el pueblo chileno se lo ganó.

Nadie más podía ganarlo.

Sólo Chile podía restaurar su democracia, porque en Chile sí había una democracia que restaurar.

No en Nicaragua, donde la potencia estadounidense nunca le pidió democracia a los Somoza. No en Nicaragua, donde la democracia es una nueva creación de la sociedad y el gobierno revolucionario, a pesar de Estados Unidos y su Ejército de *contras*.

Pero sí en Chile, donde la democracia existía, era obra de los chilenos y sólo podía ser restaurada por los chilenos.

Vida de partidos, prensa y parlamento:

Los chilenos fueron los primeros y más perseverantes demócratas de Iberoamérica.

Y cuando su democracia resultó estrecha para la mayoría, ellos la ensancharon con nuevos partidos populares, sindicatos, periódicos, debates.

¿Cómo iba a atentar contra esta tradición un régimen democráticamente electo para continuar el proceso chileno de la ampliación democrática?

¿Cómo iba a atentar Chile contra Chile-Allende, contra Allende?

¿Y cómo iba a defenderse la democracia derrumbando a un régimen democrático, asesinando y encar-

celando a sus representantes electos?

La dictadura fue una aberración, impuesta no por el calor del riesgo y la esperanza, sino por el terror congelado de una ideología perversa: la destrucción de la democracia en nombre de la salvación de la democracia.

En Chile sí había una democracia que restaurar.

Los chilenos la restauraron.

A ellos les toca ahora mantenerla, con nuestra solidaridad, en un nuevo mundo de centros de poder mutantes y dinámicos, que a todos nos exige imaginación y vigilancia.

Nuestros problemas siguen en pie, seculares, persistentes, dolorosos.

Pobreza, marginación, enfermedad, ignorancia.

El fin de la guerra fría no los soluciona de manera automática.

En cambio, es posible que nuestros problemas se congelen en nombre de la misma ideología que desde hace doscientos años nos promete riqueza a todos pero la reserva para muy pocos.

América Latina no ha escogido la pobreza.

La riqueza le ha sido arrebatada por unos cuantos.

Y la riqueza se ha quedado siempre arriba, en espera de un quimérico goteo hasta abajo.

Sólo la acción de la izquierda ha logrado, siempre contra grandes obstáculos, que la mayoría tenga más escuelas, hospitales, caminos, tierras.

Hoy se proclama el triun-

fo del capitalismo y la muerte del socialismo.

No nos engañemos ni nos dejemos engañar:

La muerte del estalinismo al este del río Elba no significa la muerte de la justicia social al sur del río Bravo.

El fin de la campaña anticomunista libera a la izquierda de la enajenación soviética y la obliga a confrontar los problemas reales de nuestra sociedad.

Más que nunca, habrá izquierda y derecha, porque los problemas exigirán definiciones y soluciones.

¿Tiene derecho una mujer al aborto?

¿Tiene derecho una familia a un techo?

¿Tiene derecho un viejo a la medicina social?

La izquierda dirá una cosa, la derecha la contraria.

¿Quién defenderá al niño enfermo, al padre sin empleo, al maestro sin escuela?

No será la derecha. Será otra vez la izquierda, la izquierda de Salvador Allende.

Hoy vemos que Salvador Allende actuó para el futuro.

Actuó para la vida. También murió para la vida.

Ambas —su vida y su muerte— fueron un sacrificio.

Hoy todos sabemos que Salvador Allende ni vivió ni murió en vano.

México, septiembre de 1990.